

Maria-Mercè Marçal fue una poeta que trabajó conscientemente su lengua materna para abrir nuevos caminos y les dio a las palabras nuevos sentidos para ensanchar el espacio de la poesía y la vida. «A las palabras pido

caminos / que nos orienten los nuevos pasos». –MARÍA GARCÍA ZAMBRANO.

Maria-Mercè Marçal, *La hermana, la extranjera*, Madrid, Editorial Polibea. 2021.

Lengua encendida

CARLOS Aganzo (Madrid, 1963) es un poeta, escritor y periodista que convierte en creación su mirada al mundo, que en cada momento sabe tomar la temperatura al lenguaje para que este nombre la realidad en sus diferentes capas, bien se trate de su auscultación a través de la dirección durante nueve años de un periódico ejemplar como es *El Norte de Castilla*, de sus libros de viaje y textos críticos, o de la poesía que fundamenta su visión de la existencia iluminando los estratos más profundos de ella. Poesía de raigambre clásica con versos que transpiran unas veces estoicismo y otras epicureísmo, en los que laten también huellas de san Juan de la Cruz y no faltan el aliento bíblico ni la habitación íntima de la naturaleza. Todo ello entrañado en un lenguaje transparente lleno de semillas conceptuales, nunca abstractas sino ligadas a hechos; ideas, por tanto, encarnadas y sintientes. Y el desvelo siempre por alcanzar la belleza.

Diez libros de poemas constituyen hasta el momento una obra en la que –como señala Antonio Colinas–

«el amor es el asunto principal, junto a la soledad, la contemplación y los viajes», y en la que los valores de nuestra cultura grecolatina son el mejor antídoto contra –afirma Carlos Aganzo– «la decadencia individual y colectiva que desemboca en la profunda crisis de nuestros días». A la toma de conciencia de esta vuelta atrás en la civilización occidental responde la tetralogía publicada entre 2010 y 2020, formada por *Las voces encendidas* (Premio Jaime Gil de Biedma), *Las flautas de los bárbaros*, *En la región de Nod* (Premio de Poesía Ciudad de Salamanca) y *Jardín con biblioteca*, publicado por Ediciones Cálamo. Libro este último compuesto por dieciocho poemas con el mismo cordón umbilical, en los que el título, muy ciceroniano, alumbraba mediante la unión de jardín y biblioteca una suerte de paraíso al que lector puede aspirar respirando lentamente cada uno de los versos en los que las sombras de Homero, Lucrecio, Virgilio, Ovidio, Petrarca, y las de héroes y dioses y sirenas, le revelan en toda su desnudez la condición humana, y le preparan a la resistencia

contra tanta pérdida de lo esencial a través de la poesía.

En el prólogo a esta obra el autor nos avisa de que «los primeros poemas los escribió viajando por Sicilia y los últimos se asoman ya al año de la Peste. El año en que tantos signos, tantas alarmas y erupciones se han manifestado al fin en forma de hecatombe». Frente a esta situación reacciona Carlos Aganzo apoyándose siempre en las venas más hondas del lenguaje hasta el punto de ser este generador de conciencia.

Jardín con biblioteca es un auténtico lugar construido entre las páginas de este libro, un lugar para la reflexión y para la entrega de los amantes a lo que siendo efímero es capaz de levantar, en virtud del amor, un muro frente a una amenaza latente cuyo poder de destrucción es todavía desconocido: «Dicen que en los campos Flégreos / los amantes cultivan / jardines epicúreos, / mientras leen en papiros / o en teléfonos móviles / poemas de Lucrecio: / “Eternamente los principios giran” / Que viven en la música. / Que nunca comen solos. / Que acogen el placer sin condiciones. / Que aceptan el amor y la amistad / como signos del hombre. / Que retan a la muerte. / Que beben vino blanco / mientras miran de frente / la corona de nubes del Vesubio. / Saben que son fugaces, / pero dejan escritas / en papeles de Amalfi / las intensas razones / que dicta su corazón. / Y esperan dulcemente / el abrazo perpetuo de la noche». A la médula del amor llega el poeta en el decimocuarto poema, interiorizando la relación entre el héroe Eneas y la náyade Creusa,

símbolo esta de infidelidad, a quien Eneas busca tras haber sido raptada por Afrodita. Creusa se le aparece entonces en forma de sombra anunciándole la fundación de Roma. No hay infidelidad posible, piensa el lector al reposar sus pensamientos y sus sentidos en este texto, pues esa sombra significa que la sustancia del amor permanece más allá de la fusión de los amantes: «De este cuerpo está hecha su materia. / Su volátil sustancia. / No se crea el amor, ni se destruye».

En cuanto al desafío a la muerte, tan presente también en *Jardín con biblioteca*, se basa, con transparencia lo determina el lenguaje, en estar despierto y en esperar su llegada sobre una tierra no exenta de tormentas habitada ya por nuestros antepasados. Y al decir esto estamos apelando a los orígenes tan basales en la poesía de Aganzo, al mensaje intemporal de los clásicos: «Mientras estés despierto / nunca pondrá sus dedos sarmentosos / sobre las cicatrices de tus manos. / Con el clipeo y la lanza. / Con las viejas canciones. / Con el vivificante y milagroso / veneno del recuerdo. / Así te sobrevives». Orígenes o lo primigenio que es redención, cicatriz, resurrección, ofrenda, compañía de un corazón huérfano, claridad de lo evidente que ofrece certeza. Basta un pájaro, una rama y el cristal de una ventana para renacer: «Sobre la podredumbre / de las rosas caídas en combate / contra el miedo y la incuria, / Sobre la alta soberbia / del estambre de junio. / Sobre la ingratitude. / Sobre el dolor, la culpa, / Sobre la tierra herida. / Sobre la incertidumbre y la conciencia, / tu canto

primigenio, colirrojo. / La urgencia de la vida basculando / en la rama, detrás de los cristales. / La diminuta ofrenda de los dioses / a los hombres heridos por niebla».

La solidaridad toma también cuerpo, pulso, a través del personaje de la *Odisea* Arneo, mendigo de Ítaca que transmite los mensajes de los pretendientes a Penélope, considerado, en el poema se dice, como un *sucio parásito*. Aberración de la condición de mendigo que le sirve a Carlos Aganzo para, de nuevo apoyado en la cultura clásica, irradiar en el poema la profunda dignidad del mendigo: «¡Feliz aquella mesa donde había / sitio para el expósito, / oculto a la mirada de los príncipes! / ¡Feliz el tiempo aquel en

que al mendigo / aún se le llamaba por su nombre!».

Jardín con biblioteca culmina su ascenso a la luz desde las sombras con un poema dedicado al humanista, desgraciadamente ya desaparecido, Emilio Rodríguez Almeida, en cuyo espíritu cristalizan *viejas lenguas judías moriscas o latinas*, que supo leer lo inmortal del paisaje y de las grandes obras literarias e hizo de la poesía brújula de sus pasos. Como su gran amigo Carlos Aganzo. Un poema resumen de un libro con tanto horizonte que en el lector crea biografía. —JAVIER LOSTALÉ.

Carlos Aganzo, *Jardín con biblioteca*, Palencia, Cálamo, 2020.

El fulgor de la poesía sencilla

TRAS la lectura de la poesía reunida en el volumen *Diario de lo no vivido* de la palentina Esperanza Ortega (1953) uno se queda balbuciendo y cae en el recuerdo de sus lecturas, de esperanza y amor por el otro y la naturaleza, del poeta Francisco de Asís en su *Cántico del hermano sol* (por cierto, en las pp. 500-501 cita un divertido pasaje de *Las florecillas...* sobre el quehacer demiurgo del poeta). Creo que la sencillez franciscana anida en la poesía de Esperanza Ortega. Creo también que esta poeta vive la palabra poética como pocas personas, pues

ella sí habla de lo que le ofrece su propia vida y canta lo que ve y lo que experimenta; también de lo que ama y pierde: «En el jardín / perdido entre las rosas / el amor / no sale de su asombro» (p. 40). O: «Treinta años / —ya han crecido las rosas— / y aún aguardo / que suceda el prodigio / que florezca tu nombre» (p. 58).

El volumen de 548 páginas se abre con un inteligente y luminoso delantal del poeta zamorano Tomás Sánchez Santiago, «Como quien pesa mi gas». Un prólogo de los que sí hay que leer (pp. 5-24). Después figura la bibliografía de Esperanza y tras ella